

usura y liquidez

UNO de los principales problemas monetarios en cualquier país es el poder disponer de la cantidad necesaria de circulante para realizar todos los intercambios necesarios. La potencialidad de un país respalda ese circulante y las transacciones se realizan sobre realidades, que son la verdadera riqueza. En nuestro país se sufre desde hace ya años una verdadera escasez. Una de las consecuencias de esta situación es que la mercadería dinero se cotea a precios muy altos, este precio es el interés. A menudo se piensa que alto interés y usura son la misma cosa. No es cierto, todo depende del momento que se atraviesa o de la finalidad del mismo préstamo. Conocida es la actitud de la Iglesia frente a lo que se llama el contrato de mutuo. En esta actitud de la Iglesia estaba reflejada la situación de la época medieval, en la que el capital no podía ser considerado fructífero y por lo tanto, era ilícito cobrar un interés. Dado que la situación financiera cambió y el valor del capital, como medio necesario para toda producción, implicó la posibilidad del interés, ya que el prestamista corría asimismo un riesgo, dejaba de percibir una ganancia. No por eso se justificó cualquier interés y sobre todo, se insistió en las condiciones personales del que recibía el préstamo, a fin de no colocarlo en una situación extrema por un interés abusivo. La usura se ha seguido manteniendo, pero considerada ya como un delito y son numerosos los Códigos Penales que han hecho de ella una figura de-

rectamente y significan finalmente una lictiva perfectamente determinada. El nuestro no la contempla aunque en los últimos proyectos de reforma ya ha sido incorporada.

En estos momentos, el país sufre una nueva situación de determinada escasez de dinero lo que provoca a su vez un alto interés. Desgraciadamente el Gobierno no ha sido capaz, hasta ahora, de tomar las medidas que realmente corresponden, como por ejemplo una disminución del interés bancario. Agrava el problema el hecho de que en numerosas reparticiones se cobran multas con intereses que pueden ser considerados excesivos. Tampoco existe una política crediticia coherente y el Estado absorbe casi el 25 por ciento de las disponibilidades de los Bancos, aun privados, complicando así la posibilidad de ayuda a las empresas privadas.

La escasez de dinero se agrava con la seguridad de la inflación. Baste señalar la relación entre el valor de nuestro peso y el dólar para comprender el ritmo de una devaluación del capital. Los ahorristas y prestamistas para asegurar el valor y la ganancia sobre el propio capital que prestan elevan asimismo el interés y con esto agravan la misma inflación, por un círculo de causa y concausa difícil de manejar.

Debe influir, asimismo, en esta escasez, el aumento excesivo de los servicios, sector terciario, en nuestra economía. Los servicios contribuyen a aumentar el nú-

mero de quienes viven sin producir carga para los productores que pagan gustosos en cuanto pueden producir mucho más de lo que gastan en consumo directo, pero cuando esto no sucede los servicios son los primeros amenazados.

El alto costo del dinero, su interés resulta así el resultado de una serie de causas, pero de ninguna manera una causa. Por lo mismo no puede ser frenado sin ir a esas causas, porque atacar el efecto puede perfectamente mantener incólumes las causas, y los beneficios para los menos escrupulosos, mientras los que realmente trabajan y utilizan su capital para vivir pueden ser seriamente afectados.

En nuestro parlamento se han presentado varios proyectos, especialmente por el diputado de la Unión Cívica Radical del Pueblo, Héctor A. Llorens, en los que con el mejor de los propósitos no se llega al fondo de la cuestión. Hasta no sería difícil señalar que los propósitos buscados no sólo no fueran logrados sino que aun se provocarían efectos más perjudiciales. En primer lugar, el solo anuncio de los proyectos ha provocado una retracción del dinero, de tal manera, que prácticamente se ha acelerado el proceso de iliquidez. Esta retracción de la moneda del prestamista o ahorrista provocará inevitablemente la aparición de tipos más ocultos de préstamos. Pasaríamos de "dinero negro" a "negrísimo", porque nadie querrá prestar sino con enormes seguridades. No se puede com-

poner nuestra situación económica con parches, especialmente en estos momentos en que se habla tanto de plan de desarrollo, es necesario no crear condiciones psicológicas contrarias a la confianza en lo que se propone el Parlamento.

¿A quién favorecería la moratoria? Al deudor, tanto al de buena como al de mala fe, y ya no hay duda de que existen muchos de la segunda categoría que se endeudan precisamente especulando con la disminución del valor monetario. También favorecería, según el proyecto Llorens, al Estado, contra quien no se podría hacer valer la moratoria, y a los Bancos. El Estado como señalábamos más arriba cobra, en algunas de sus reparticiones, intereses muy elevados en las multas y por lo tanto es uno de los responsables de la mala situación de algunos deudores.

¿A quién perjudicaría la moratoria? Al acreedor honesto, al pequeño ahorrista, a la confianza general dentro y fuera del país.

Mucho más que estas medidas parciales e ineficaces es necesario que el Parlamento exija del Poder Ejecutivo se dé a conocer ya el Plan de Desarrollo y las medidas con que debe colaborar el Congreso a fin de ponerlo en marcha. De lo contrario corremos el riesgo que ciertas medidas con olor demagógico provoquen daños muy graves a toda la economía nacional. ♦

demografía, economía y moral

UN estos momentos en que tanto se habla de control de la natalidad y del peligro de la explosión demográfica bueno es reflexionar sobre las consecuencias de tales campañas. Esto tiene especial importancia para nuestro país que ha aceptado en sus costumbres

una tasa de natalidad muy reducida, lo que impide un progreso en órdenes muy diversos. La Argentina con su densidad de siete habitantes por kilómetro cuadrado y su enorme concentración alrededor de Buenos Aires aparece como un gran espacio en blanco para las poblacio-

nes de otros países latinoamericanos con una muy alta tasa de natalidad. Nada es pues de extrañar que paulatinamente nos encontremos con mayor número de ciudadanos de otros países especialmente limítrofes residiendo, mal o bien, en el nuestro. Bueno es que tengamos inmigración, pero es necesario que se encuentre con una población fuerte que sea capaz de asimilarlos y no de unirlos son cohesión.

Una población que no crece o crece muy lentamente se encuentra con el problema del envejecimiento, más o menos acelerado, lo que provoca una disminución de la población activa, al menos proporcionalmente.

Japón es uno de los países en donde más se da este fenómeno. Según informaciones publicadas por el Fondo Monetario Internacional, Japón tendrá 100 millones de habitantes en 1967 y alcanzará los 107 millones en el 75. Desde el punto de vista económico, lo que particularmente interesa de la población es la proporción de aquellos que trabajan, y que se consideran situados entre los quince y los sesenta y cuatro años, comprendidos mujeres. Para Japón la proporción de población activa con relación a la total, alcanzará un máximo del 69,8 por ciento en 1970. A partir de ese momento y por el hecho de que la tasa de naci-

mientos en continuo descenso, pasará del 16,7 por mil de 1960 a 15,4 en 1975 y al 10,9 en 2015, la población activa disminuirá progresivamente y aumentará la pasiva envejecida.

El Japón se pregunta angustiado si este frenar de su población, fomentado por intereses norteamericanos, que pagan campañas pseudocientíficas, no significará finalmente debilitar una de las economías de mayor desarrollo y poder competitivo en los mercados internacionales. Mientras en Japón la propaganda se hace a favor de una disminución de la natalidad, Estados Unidos aumenta, aunque en escasa proporción sus nacimientos, y lo mismo sucede con un ritmo mayor en Europa Occidental, los dos principales competidores del Japón industrial y comercial.

El aumento de la población constituye siempre dentro de un país un acicate para un mayor progreso. Los pueblos europeos lo saben y lo experimentan actualmente en el caso francés. Económicamente la solución no puede darse de una disminución de la población sino de una mejor utilización de los recursos. Provocar una represión de la natalidad es fomentar finalmente un enjecimiento del país. Desde el punto de vista económico esto no es conveniente. Además, por los sistemas que se recomiendan para lograrlo, tampoco es moral. ●

literatura

la constante poética en la novela argentina

● ALBERTO BLASI BRAMBILLA

La expresión literaria, vista como una de las formas estéticas de la expresión humana, admite su parcelación; pero la misma no es total y definitiva, como pudiera ser la diferencia

marcada que se encuentre con otras formas del expresarse del hombre, como lo sería la música, la técnica o la ciencia. El mismo Wolfgang Kayser, en las páginas de su conocido libro *"Interpretación*